



NATIVEL PRECIADO

EL NOBEL
Y LA
CORISTA

*El pasado ni nos crea ni nos destruye:
solo nos transforma*


ESPASA

NATIVEL PRECIADO
EL NOBEL Y LA CORISTA



ESPASA  NARRATIVA

© Nativel Preciado, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S. A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 8.991-2019
ISBN: 978-84-670-5344-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Rotapapel

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

JIMENA DENÍS

1

Todas las mujeres de mi familia llevamos el apellido Denís, porque los hombres han desertado de nuestras vidas. Me llamo Jimena Denís y desconozco la verdadera historia de mi abuelo y de mi padre. Lo que me contaron cuando era niña ahora sé que no es cierto. Tengo más de sesenta años y estoy a punto de averiguar realmente quién dejó embarazada a mi abuela Margot y quién a mi madre, Albertina.

Todo empezó el día que, con el fin de entregar cuanto antes las llaves a los nuevos propietarios, me pidieron que desalojase una buhardilla repleta de trastos de la casa de mi abuela que acababa de vender. Me producía cierta inquietud la visita a aquel viejo caserón de la calle de la Reina que había pertenecido a mi familia. Pasé allí mi infancia y mi juventud y me alteraba el ánimo remover los recuerdos de aquellos años, pero no tuve más remedio que hacerlo. Mi marido se desentendía de los asuntos de mi familia y mi hija Vera estaba muy ocupada con su galería de arte y siempre encontraba una buena disculpa para no echarme una mano.

Abrí la puerta del desván, encendí la luz y eché un vistazo al contenido para calcular cuántas horas me llevaría dejarlo limpio. Era un lugar espacioso, oscuro y más grande de lo que imaginaba, y estaba atiborrado de sillas y lámpa-

ras desvencijadas, cuadros viejos, maletas de cuero, una vitrina con cajones y un par de polvorientos baúles de madera. Me entró tal desánimo que por un momento pensé que lo más práctico sería llamar al ayuntamiento para deshacerme de toda esa quincallería. Era imposible seleccionar individualmente cada cosa o meter tal cantidad de trastos en mi casa, de modo que lo mejor sería avisar a un anticuario del Rastro para que lo vaciase o, si fuera posible, restaurase algún mueble. Lo más probable era que no sacase ni un euro y tuviera que pagar para que me dejase limpio el desván.

¡Qué manía tenemos de guardarlo todo! No hay viejo que se libre del síndrome de Diógenes. No se dan cuenta del embrollo que dejan a sus herederos. Mientras renegaba de mi pobre abuela, iba abriendo con desgana los cajones del mueble vitrina. La parte de arriba contenía una vajilla deteriorada, una jarra de porcelana y una preciosa sopera rota. El primer cajón estaba repleto de papeles, cuadernos de cuero y postales antiguas que no me detuve a leer. Encontré, en el del medio, un mantón de Manila enmohecido, unos cuantos estuches con cenefas doradas que decidí abrir por si la abuela se había dejado alguna joya olvidada, pero solo contenían unas monedas herrumbrosas. Y, por último, descubrí una cubertería oxidada que quizá fuese de plata. Pensé que lo mejor habría sido tirarlo a la basura, pero no me atreví a deshacerme de algunas cosas antes de consultarle a mi hija, Vera, porque es una acumuladora compulsiva, como su bisabuela, y cree que puede dar salida a cualquier reliquia a través de los clientes de la galería. Así que la llamé.

—Vera, ¿puedes hablar?

—Ahora me es imposible, madre, estoy con un cliente.

Aunque estoy muy acostumbrada a sus negativas, insistí.

—Atiéndeme un momento. Es importante. Es que me he metido en una vorágine y...

—Te llamo enseguida, perdona.

Excepto cuando ella quiere, es imposible hablar con una hija tan sumamente ocupada. A los diez minutos, me arriesgué a la bronca y volví a llamar.

—Dime, mamá... Date prisa —respondió con brusquedad.

—Estoy en la buhardilla de la casa de tu bisabuela. Te resumo: me iba a deshacer de todo este material, pero entre el montón de porquería, he encontrado un par de cosas que quizá te puedan interesar.

—¿Qué cosas?

—Una cubertería, supongo que de plata, unas monedas que parecen de Alfonso XIII, unas postales antiguas y un mantón de Manila deshilachado.

—Menos el mantón de Manila, lo demás me interesa. ¿No serán de oro las monedas de Alfonso XIII? Porque entonces valdrían un dineral, sobre todo si fuesen de cien pesetas. Bueno, si son de plata, también tienen valor.

—Están casi negras, ni siquiera se distingue si son de oro o de plata. Tendría que encontrar un trapo para limpiarlas un poco. Por cierto, no he visto los pendientes de esmeraldas y el resto de las joyas que estuvimos buscando por toda la casa.

—¡Vaya! Déjame atender a un cliente y ahora te llamo.

—Por favor, no tardes. No puedo quedarme aquí respirando en medio de tanto polvo, rodeada de ácaros.

Mi hija, a veces, parece gélida, aunque hago grandes esfuerzos por comprenderla. Sé que, al menos, me quiere más que a su padre, con el que siempre ha mantenido una relación pésima. No pueden ser más opuestos. Ella es demasiado independiente para soportar su tiranía. De niña era poco afectuosa, de adolescente fue de una rebeldía atroz y de joven se fugó a Londres para poner tierra de por medio. Me confesó una vez que no soportaba mi sumisión y mis tragaderas con los Moliner, su familia paterna, y no le faltaba razón, pues a estas alturas ni yo lo entiendo.

Mientras esperaba impaciente la llamada de Vera, me dediqué a curiosear los cuadernos y las postales sepia ata-

das con lazos de colores. Cogí un paquete al azar, lo desnudé y vi que contenía las clásicas imágenes del París turístico: la Torre Eiffel, Notre Dame, la Madeleine y el Pont Neuf sobre el Sena. Estaban poco legibles, pues la humedad había emborronado la tinta. El otro paquete, con una desvaída cinta roja, era menos grueso y parecía mejor conservado; una de las postales mostraba la sirenita de Copenhague y otra la Puerta de Brandemburgo de Berlín. Les di la vuelta para ver su contenido. Estaban escritas en francés, iban dirigidas a mi abuela, la bailarina Margot Denís, y me pareció leer que la firma era «Einstein». Me quedé confusa y cuando logré salir de mi asombro, intenté comprobar si la firma era realmente de quien parecía. Saqué mi iPhone y busqué en Google. Era similar a la de Albert Einstein, pero quizá no fuera la misma. No daba crédito. Imposible que mi abuela Margot hubiera mantenido correspondencia con Einstein y yo lo desconociera. No tenía la menor idea de que existiesen esas postales, y menos aún que el remitente pudiera ser un Nobel. De ser cierto, parecía inexplicable que abandonase semejante tesoro en el desván. Se podían haber perdido. Sin salir de mi perplejidad, me dispuse a leer el texto de las postales, cuando se encendió la pantalla del teléfono y apareció el nombre de Vera.

—Sigo aquí, hija, pero ya he salido de dudas.

—¿Qué dudas? —me preguntó.

—Lo he decidido. Voy a guardarlo todo —dije concluyente.

—¿Además de las monedas? —preguntó mi hija, extrañada de que hubiera cambiado tan pronto de opinión.

—Sí, voy a quedarme con las postales —exclamé—. Hay algunas de mucho de valor.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por qué?

—No te lo puedo contar por teléfono, aquí, tosiendo rodeada de polvo. Será mejor que vengas tú a comprobarlo.

—¡Vaya, me dejas intrigada!

—Es importante, Vera.

—Me va a ser difícil despachar a estos clientes. Si puedo, te llamo en un rato y, si no, mañana.

Me molestó que cortase bruscamente la conversación, pero como estaba ansiosa por mirar el contenido de las dos postales, se me pasó enseguida el enfado. Era difícil descifrarlo, no solo porque estuvieran escritas en francés; me costaba también leer algunas letras borrosas. Estremecida, fui traduciendo con lentitud los textos que aparecían en el envés de la Sirenita de Copenhague y en el de la Puerta de Brandemburgo. Con mucho esfuerzo, las traduje del francés.

Estimada señorita Margot:

Sus noticias me llenan de sorpresa y, con todo el respeto, en los últimos tiempos me han llegado varias misivas similares a la suya. No es mi intención herirla, siempre he sido un hombre comprometido. Si algún día vuelvo a España, no dude de que la visitaré. Que su criatura nazca sana y sea feliz.

Einstein

Estimada señorita Margot:

Le pido sinceras disculpas. Nada más lejos de mi intención causarle dolor con unas letras fruto de la impresión inesperada de su noticia. Deseo que el parto vaya como usted merece y que su hijo herede la misma fortaleza, belleza e inteligencia de su madre, una señora cuyo recuerdo indeleble siempre me acompañará. Espero que el destino me permita conocer a la criatura algún día.

Suyo en la distancia,

Einstein

Era evidente que las frases iban dirigidas a mi abuela Margot, pero no lograba entender qué quería decir cuando se refería a «varias misivas similares a la suya». Enseguida pensé que la «criatura», a la que dedicaba el deseo de que naciese sana y feliz, no podía ser otra que mi propia ma-

dre, Albertina Denís, pues la abuela no tuvo más hijos, a no ser que nos hubiera ocultado algún otro embarazo desconocido o sin llegar a término. Mi madre, Albertina, había nacido en 1923, y la postal que estaba leyendo no dejaba ver con claridad la fecha del matasellos. Tendría que comprobar si Einstein pasó por Copenhague en torno a esas fechas y, sobre todo, encontrar cualquier indicio de que existiera una amistad entre el científico y mi abuela. Estaba tan nerviosa... No había duda de que se refería a mi madre. ¡Dios mío, tenía que averiguar por qué!

Examiné ansiosa los papeles que contenía el cajón de la vitrina con el deseo de descubrir alguna pista que me aclarase el misterio. Seguía sin entender cómo la abuela fue capaz de dejar algo tan valioso escondido, olvidado, o más bien abandonado, en la buhardilla.

En busca de alguna otra pista, cogí las maletas de cuero y los baúles de madera, revolviendo desesperadamente entre un montón de abrigos y vestidos de seda. Estaba tan agitada que pasé por alto un conjunto de primorosos cuadernos ribeteados con filigranas doradas. Eran siete, todos iguales, y enseguida reconocí la letra de mi abuela. Comencé a tener frío, estaba destemplada y nerviosa. Abrí uno de ellos al azar y comprobé que se trataba de unas memorias de mi abuela Margot, fechadas en el mes de marzo del año 1923. La tinta estaba degradada y borrosa, por lo que apenas se podían leer. Para mi sorpresa, también Alfonso XIII aparecía en muchas de las fotos guardadas en un par de archivadores de cartón. Antes de seguir con los cuadernos, decidí echar un vistazo a las otras dos postales procedentes de París, y logré reconstruir sendos textos, que decían así:

Mi distinguida amiga:

Su majestad da a usted las más expresivas gracias por su cariñosa dedicatoria.

El augusto soberano le envía un efusivo saludo.

Quedo muy affmo. amigo que q.b.s.p

Conde de las Delicias

Querida Margot: en las especiales circunstancias en las que me encuentro, me estimulan más los recuerdos de lo que compartimos.

Te abraza.

Alfonso

¡Cuánta confusión! ¿Cómo es posible que pasaran inadvertidas las relaciones de mi abuela con semejantes personajes? Me sentía mal, con el estómago encogido, el cuello tenso y las manos temblorosas. Me iba a ser muy difícil conocer qué había tras el rutinario agradecimiento real, a no ser que surgiera alguna referencia en los cuadernos. Antes de continuar, consulté el significado de q.b.s.p.: que besa su pie. Sospeché que el firmante de la primera, con el que la abuela parecía tener cierta confianza, era un ayudante del rey. En cuanto a la segunda, también destinada a ella, el remitente parecía ser el mismísimo Alfonso XIII.

Palabras escuetas, pero significativas. Cerré los ojos durante un rato intentando calmarme, pero me mataba la curiosidad y volví a los cuadernos para buscar alguna pista sobre la intensidad de la relación entre mi abuela y Alfonso XIII. El misterio se volvía cada vez más profundo y yo me encontraba en estado de shock. Parecía evidente que, según las anteriores postales, mi abuela Margot le contaba al supuesto Einstein que estaba embarazada. ¿Por qué? Para hacerle partícipe de semejante confidencia debería existir una amistad. ¿Qué relación tenía con Einstein para contarle sus intimidades? ¿Cuándo y dónde se conocieron? ¿Qué la llevó a mantener en secreto su amistad? ¿Qué importancia tenía la abuela para que él deseara conocer a la criatura algún día? Las preguntas eran interminables.

Empecé a leer los cuadernos de cuero. En la mayoría de las páginas hablaba de su estado de salud y de cierto malestar que le hacía prolongar por las mañanas su estancia en la cama. Mencionaba de manera recurrente palabras como náuseas, mareos, debilidad, melancolía... y la rutina de los ensayos en el teatro. Hasta que llegué a una página

que me permitió confirmar mis sospechas, que, por otra parte, eran evidentes: la abuela estaba embarazada y dispuesta a afrontar con optimismo su situación de madre soltera. Contaba con minuciosidad sus sensaciones físicas y, sobre todo, psíquicas, y presumía de que su hijo tenía un padre sorprendente por ser muy reconocido.

Estaba tan nerviosa que no tuve más remedio que avanzar deprisa, leer en diagonal y saltarme algunas entradas rutinarias y tediosas sobre las labores cotidianas para dar, al fin, con algunas de las claves que aparecían en las siguientes anotaciones escritas en días sucesivos.

Se presentó su majestad en mi camerino, después de que su enviado y enlace personal, el conde de las Delicias, me lo anunciara, y me propuso dar un paseo por el parque del Retiro. Tuve curiosidad por comprobar cómo era de cerca el rey, pues me costaba creer lo que me advirtió Julia Fons. Se comportó de un modo impulsivo y me dijo que tenía una boca muy sensual. Tuve que ponerme en guardia.

La lectura del diario, sin embargo, no me sacó de dudas, pues se limitaba a contar que, al término de una función, fue a recogerla el conde de las Delicias, que le anunció una nueva cita con su majestad. Él fue quien la condujo a un vehículo aparcado junto al pasadizo de San Ginés.

Al abrir la puerta, en los asientos traseros apareció el rey, que besó mi mano y me regaló un ramo de violetas. El conde de las Delicias, por cierto, un hombre ciertamente feo, condujo el vehículo hasta el parque del Retiro, donde se detuvo en uno de los caminos. Después de una conversación rutinaria, su majestad se abalanzó sobre mí para besarme. Tuve que pararle los pies o, para mayor precisión, las manos, que intentaban soltar el lazo del escote y la botoadura de mi vestido. Cuando logré recomponerme,

me dijo que me admiraba como artista tanto o más que como mujer y que volvería a buscarme en días sucesivos para tener un encuentro más sosegado y placentero.

Estaba atónita, quería averiguar más, pero solo aparecían notas escuetas que no añadían nada sustancial.

Ha venido su majestad a ver la función y, al finalizar, hemos tenido una larga charla. Es verdad lo que dice Julia, solo le gustan los coches y la caza, en el más amplio sentido de la palabra. Hoy ha querido dar un paseo en un vehículo exclusivo de marca David. Por lo visto, solo hay dos iguales en Europa. Me ha dicho que quería probarlo conmigo. La verdad es que me ha hecho ilusión subirme en un coche de competición, porque es probable que no vuelva a hacerlo en mi vida.

Pasaba las páginas a toda velocidad, en busca de algún detalle explícito que esclareciese hasta dónde había llegado su relación, pero no hubo manera de encontrarlo.

Los correveidiles, esa gente ociosa aficionada a propagar toda clase de cotilleos, le han contado a Julia que me han visto paseando en carruaje en compañía de su majestad. No se lo he podido negar y ella se ha puesto como una fiera y me ha dicho que me considera una traidora, que me retira su confianza y que, cuando termine las representaciones previstas, me busque otro trabajo. No entiendo por qué le da este ataque de celos tan furibundo. Ella estaba al corriente de mi delicada situación... Un día que se sentía despechada por el rey, la Fons me dijo que las únicas cosas que le interesaban a su amante eran la caza, los coches y la lujuria; el resto del mundo se la traía al paio. Y me confesó que era un pésimo compañero

de cama, casi impotente, que solo podía estimularse con películas pornográficas, y que a ella le aburría poderosamente tener que contemplar las mismas torpes escenas una y otra vez. Ahora la entiendo bien, porque a mí también me propuso participar en uno de esos rodajes. «Serías una gran actriz y mi ayuda podría ser decisiva en tu carrera», me dijo el muy bribón del Borbón, y yo, tonta de mí, me dejé fotografiar desnuda. El juego comenzó a ser muy peligroso. En ese momento, me di cuenta de que la relación no llevaba a ninguna parte. Aquello no tenía sentido.

Por culpa de los celos de Julia he perdido mi trabajo. Podría arremeter contra él, en lugar de tomarla con una simple bailarina como yo. Él es quien la traiciona, no ya conmigo, sino con todas las que se le antojan; me consta que son muchas, pues es sabido que el personaje es un obseso sexual... Qué extraña sensación me produce el hecho de que Julia Fons, una persona que fue tan generosa conmigo cuando llegué a Madrid, se haya vuelto contra mí, tratando de hacerme la vida imposible. Lo peor, ahora, dadas las especiales circunstancias en las que me encuentro, sería enemistarme también con el rey.

Mi abuela Margot me había hablado mucho de Julia Fons, famosa actriz de revista de la época, que fue su protectora y amiga durante un tiempo. Me contó que Julia, que era dieciocho años mayor, le abrió las puertas de su corazón, del teatro y de la fama, la trató como a una hija y le hizo un sitio preferente en su compañía, cuando ya estaba prácticamente retirada de la primera línea. Además, la recomendó para protagonizar varios cuplés, porque era el género mejor remunerado. Recuerdo que Julia y mi abuela estuvieron muy distantes durante un tiempo, y también recuerdo el día que me encargó vender a un anticuario un montón de trastos que le había dejado. Ahora empiezo a

entender que el culpable del distanciamiento era nada menos que el rey. Fue muy triste para mí comprobar que mi abuela Margot, no me atrevo a calificarla de ambiciosa, por frivolidad o simplemente por falta de dinero, tuvo la debilidad de dejarse seducir por el rey, y por culpa de esos amores baratos, se quedó embarazada y corrió ciertos peligros.